

“Servir al Señor en el mundo”

Fíjate bien: hay muchos hombres y mujeres en el mundo, y ni a uno solo de ellos deja de llamar el Maestro. Les llama a una vida cristiana, a una vida de santidad, a una vida de elección, a una vida eterna. (Forja, 13)

27 de diciembre

Permitidme que vuelva de nuevo a la ingenuidad, a la sencillez de la vida de Jesús, que ya os he hecho considerar tantas veces. Esos años

ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo. Obedecer a la voluntad de Dios es siempre, por tanto, salir de nuestro egoísmo; pero no tiene por qué reducirse principalmente a alejarse de las circunstancias ordinarias de la vida de los hombres, iguales a nosotros por su estado, por su profesión, por su situación en la sociedad.

Sueño -y el sueño se ha hecho realidad- con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su

vida de ciudadanos corrientes,
compartiendo afanes, ilusiones y
esfuerzos con las demás criaturas.
Necesito gritarles esta verdad divina:
si permanecéis en medio del mundo,
no es porque Dios se haya olvidado
de vosotros, no es porque el Señor no
os haya llamado. Os ha invitado a
que continuéis en las actividades y
en las ansiedades de la tierra, porque
os ha hecho saber que vuestra
vocación humana, vuestra profesión,
vuestras cualidades, no sólo no son
ajenas a sus designios divinos, sino
que Él las ha santificado como
ofrenda gratísima al Padre (*Es Cristo
que pasa*, 20).
